

Del derecho a la pereza

Rafael Lemus

*Cuando el ocio te hace infeliz,
tiene el mismo valor que el trabajo.*
Jules Renard



Fotografía: Erich Lessing/Album
(Getty Images Latin America)

SEÑOR, NO TEMA. SEÑORA, VENGA Y OIGA. ¿Sabían que ustedes pueden tener una vida feliz y plácida? ¿Vacaciones pagadas, tranquilos fines de semana, dos niños mansos y bien alimentados? Mucho más que eso. Un lunes lento e inútil entre las sábanas. Un miércoles gastado, si se quiere, en el campo. Siestas al mediodía y dulces sueños en la noche. Días, semanas enteras para consumirlas en compañía o ejerciendo, qué mejor, la más absoluta indiferencia. Es sencillo: cosa de leer un ensayito del señor Bertrand Russell y suscribirlo. El ensayo: “Elogio de la ociosidad”, de 1932. Su propuesta: tan simple y subversiva como que se reduzca la jornada laboral de ocho a cuatro horas diarias. Buena cosa para el desempleado, que ya cubrirá uno de los turnos, y buena cosa para el trabajador, tan alienado. Buena cosa, incluso, para aquellos que fastidian con cifras y tecnicismos: la propuesta —un número más, un número menos— es factible.

Algo pasa que nadie, ni siquiera ustedes, apoya con ardor la propuesta. Multitudes se organizan y marchan y demandan todo salvo tiempo libre. La derecha, criminal, explota y enajena. La izquierda, no menos carnícora, exige más empleos, mejores salarios, grilletes de sórdidos colores. Aunque la idea de Russell es suficiente para ponerlo todo de cabeza, nadie sale a la calle y levanta el puño en su nombre. ¿Qué pasa? Que la idea del ocio ya no vende. Se dirá que esto es mentira y que cualquiera, incluso aquel eficaz gerente, desea descanso y



recreo. La evidencia demuestra lo contrario: son legión los que defienden el deber del trabajo, no el derecho a la pereza; y aun los pocos que tienen tiempo libre ya buscan cómo saturar sus horas. Hay que decir que esto, el desprestigio de la ociosidad, es cosa nueva. Son muchos los siglos que nos preceden y en todos los anteriores a la sociedad industrial el trabajo fue concebido, razonablemente, como una pena. Se hacía la guerra, se acaparaban tierras, se esclavizaba a hombres y mujeres y niños con el único objeto de imponer el diario tormento a los otros. Se trabajaba, no sin ira, sólo si un látigo obligaba a ello. Nótese ahora, en cambio, la vanidad idiota con que nuestro vecino revisa su agenda, consulta a su secretaria y anuncia estar, sí, tremendamente ocupado.

[...] Si alguna vez hubo una guerra entre el trabajo y el ocio, ha concluido, y no vencieron los vagos. Está claro: de 9 a 7 son horas de fábrica y oficina. No se confundan: las demás horas son también propiedad del trabajo. Ese, el problema: el trabajo lo avasalla todo. En sus horas nos tritura y vacía. Cuando al fin nos escupe su sombra, que se llama cansancio o abulia, nos persigue. Si alguien, un héroe, conserva cierta energía, ya se le apura a que corra y la gaste. Porque también eso: en los breves tiempos de ocio se trabaja. La ética laboral ha rebasado las fronteras de la oficina y la fábrica y mora, dominante, en todas partes: los gimnasios, los cursos de educación continua, los divanes que nos invitan a ocupar dramáticamente nuestro tiempo libre. Donde antes había asueto y fiesta ahora hay un régimen blando de trabajo. ¿Exagero? Exagera el mundo, que ya ofrece diversiones extremas (altas cumbres, profundos cañones, sinuosos safaris) a la salida del despacho.

Hubo un tiempo en que casi cualquier empresario hubiera firmado estas palabras de Henry Ford: “El

principio moral fundamental es el derecho de los hombres al trabajo [...] Según mi parecer, no hay nada más abominable que una vida ociosa. Ninguno de nosotros tiene derecho a algo semejante. En la civilización no hay sitio para gente ociosa.” Hoy los patronos argumentan de modo más amable y, por lo mismo, más avieso: el ocio, aseguran, no es malo, entre otras cosas porque no es esencialmente distinto al trabajo. Dicen: trabaja durante tu tiempo libre. Añaden: relájate y diviértete durante las horas laborales. Para difuminar la frontera entre el trabajo y la ociosidad, imaginan los instrumentos de tortura más atroces: convenciones en la playa, reuniones familiares, comedores públicos, viernes de mezclilla y manga corta... Para ocultar que el trabajo es sinónimo de tortura se fingen amigos, compadritos, de sus empleados. Pero, señor, no se engañe; señora, no se rinda. Antes de resignarse a ocupar un trabajo *amigable* y sin corbata, repitan: existe el trabajo y existe el ocio, y el trabajo es el lado siniestro de la vida. Entiendo que ustedes, señor, señora, son sólo dos y que no pueden abolir por sí solos el régimen de trabajo: demanden, al menos, la reducción de la jornada laboral. Comprendo

que la vida es tosca y que pronto deberán volver a la oficina: trabajen, al menos, de mala gana. No olviden a Marx: “El trabajo es, por su esencia, una actividad no libre, inhumana e insocial.”

Este sería un buen momento para interrumpir la charla, ofrecer una disculpa y volver a la hamaca. Sospecho, sin embargo, que ya es más fácil abandonarse a la inercia y facturar otras frases. El culpable, por ejemplo. Si tuviera que señalar un culpable, diría para no pensar demasiado: el capitalismo, el cochino capitalismo. La productividad. La publicidad. El consumo. Pero esto no es enteramente cierto: también en la isla del dictador Fidel Castro se trabaja de mañana a noche —y de noche a mañana las jineteras—. Para ser sinceros, hay que decir que el capitalismo ofrece una extraña paradoja: nunca se había trabajado menos, nunca se había trabajado tanto. A la vez que redujo las horas de trabajo e inventó la semana laboral de cinco días, la sociedad capitalista impuso una certeza protestante: el trabajo es bueno. Primero fomentó el ocio y luego, cuando vio que el ocio no era rentable, decretó: gasta, consume, trabaja en tus horas de descanso. ¿Entonces? Por lo pronto, contra el trabajo. Contra la moral del trabajo.

[...]

Buena cosa que no tengo que moverme, cambiar de autor y texto, para afirmar que la moral del trabajo es moral de esclavos. El mismo Russell lo indica. Yo agrego: es moral de esclavos todavía, incluso en medio de nuestras democracias liberales, incluso si aceptamos el yugo con agrado. Se quiera o no, trabajamos para un amo: el patrón, la empresa, el país, el progreso o como se quiera llamar al hocico que nos devora. Un detalle: también el patrón trabaja, no importa que duerma sobre fajos de billetes. ¿A quién sirve él? Al trabajo mismo. Es absurdo pero cierto: se trabaja para seguir alimentando la lógica del trabajo. Se anda de una oficina a otra, o se golpea sin tregua el teclado de la computadora, o se fabrican más y nuevos alfileres, para que el mundo no suspenda ese bamboleo en el que,

mal que bien, subsistimos. Pero nada nos garantiza que incrementar la velocidad del mundo, y producir más objetos, y desechar más basura, mejore nuestras vidas. El abotargado rostro de los obreros, la estúpida mueca de los novelistas nos demuestran más bien lo contrario: mejor sería producir menos cosas, escribir menos novelas, sobrevivir de otro modo. Pero ¿cómo detener la marcha? Creo que fue Aristóteles, o al menos el Aristóteles que yo recuerdo, quien apuntó que el absurdo es infinito: en el principio de los tiempos un exaltado tuvo la mala idea de actuar, y su acción provocó un daño, y hubo que actuar para reparar ese daño, y esa acción provocó otro daño que hubo que...

La frasecita, moral de los esclavos, hace pensar en Nietzsche, y así está bien: hablamos aquí de lo mismo. Aunque él dirigió su furia contra el mal del cristianismo, no es difícil desviarla y apuntarla contra la sociedad contemporánea. No por nada Paul Lafargue, yerno de Marx y santón de los perezosos, escribió que la moral capitalista es una “lastimosa parodia de la moral cristiana”. Nietzsche descubrió, bajo la cruz, una rebelión y una transvaloración perniciosas: los esclavos vencieron a los amos y establecieron sus propios vicios como valores. Lo mismo ocurre, desde hace un par de siglos, con el asunto del trabajo: el pequeño burgués terminó por rebasar al aristócrata holgazán y, previsiblemente, tuvo oportunidad de decretar la nueva cartilla moral. Como no pudo ir más allá de sí mismo, fijó su propia vida como modelo: la propiedad, el consumo, el demasiado trabajo. Pero hay otras vidas. Hay vida más allá del trabajo. Tonto estaría yo si anhelara la restauración de la nobleza rentista que compraba su ocio sometiendo a la mayoría. Sólo digo: azucemos la furia contra ese pequeño burgués —ese mediocre belga, diría Baudelaire— que llevamos estúpidamente en el bolsillo. ■

Fragmento del libro *Contra la vida activa*, Tumbona, México, 2008.